

Domingo XVI del Tiempo Ordinario-A

Dejadlos crecer juntos...
Mt 13,24-43

Conviviendo con no creyentes Fermento de humanidad
Propietarios de la fe Más de lo que se ve
Dios conoce a los suyos

CONVIVIENDO CON NO CREYENTES

Pese a la advertencia de Jesús, una y otra vez caemos los cristianos en la vieja tentación de pretender separar el trigo y la cizaña, creyéndonos naturalmente «trigo limpio» cada uno.

Sorprende la dureza con que ciertas personas que se sienten «creyentes» se atreven a condenar a quienes, por razones muy diversas, se han ido alejando de la fe y de la Iglesia.

Pero creencia e increencia, lo mismo que el trigo y la cizaña de la parábola, están muy entremezclados en nosotros, y lo más honrado sería descubrir al increyente que hay en cada uno de nosotros y reconocer al creyente que late todavía en el fondo de bastantes alejados.

Por otra parte, no es el escándalo o la turbación la única reacción posible ante los increyentes. Su presencia puede, incluso, ayudarnos a entender y vivir mejor nuestra propia fe.

En primer lugar, el hecho de que haya hombres y mujeres que pueden vivir sin creer en Dios me descubre que soy libre al creer. Mi fe no es algo que me viene impuesto. No me siento coaccionado por nada ni por nadie. Mi fe es un acto de libertad.

Por otra parte, los no creyentes me enseñan a estar más atento y ser más exigente al confesar y vivir mi fe. Con frecuencia observo que los increyentes rechazan un Dios ridículo y falso que no existe, pero que lo pueden deducir de la vida de los que nos decimos creyentes.

No deberíamos olvidar las palabras del Vaticano II: «En esta proliferación del ateísmo puede muy bien suceder que una parte no pequeña de la responsabilidad cargue sobre los creyentes en cuanto que, por el descuido en educar su fe o por una exposición deficiente de la doctrina... o también por los defectos de su vida religiosa, moral o social, en vez de revelar el rostro auténtico de Dios y de la religión se ha de decir que más bien lo velan».

Los increyentes me obligan, además, a recordar que en mí existe también un incrédulo. Es cierto que podemos hablar hoy de creyentes y no creyentes. Pero esta división es, a veces, demasiado cómoda. La frontera entre fe e increencia pasa por dentro de cada uno. Entonces aprendo a no ser un

creyente arrogante, engreído o fanático, sino a seguir caminando humildemente tras las huellas del Dios oculto.

No me siento mal entre increyentes. Creo que Dios está en ellos y cuida su vida con amor infinito. No puedo olvidar aquellas palabras tan consoladoras de Dios: «Yo me he dejado encontrar de quienes no preguntaban por mí; me he dejado hallar de quienes no me buscaban. Dije: "Aquí estoy, aquí estoy" a gente que no invocaba mi nombre» (Isaías 65,1).

FERMENTO DE HUMANIDAD

Se parece a la levadura...

Mt 13, 24-43

Sorprende ver con qué frecuencia se dirige Jesús a sus discípulos para ponerlos en guardia contra una falsa "impaciencia mesiánica" que no sabe respetar el ritmo de la acción discreta pero vigorosa de Dios.

A los que esperan de él la puesta en marcha de un movimiento contundente y arrollador, capaz de expulsar del teatro de la vida otras corrientes y alternativas, Jesús les habla de una acción de Dios más humilde y respetuosa.

El mundo es un campo de siembras opuestas. Y el Reino de Dios crece ahí, en la densidad de esa vida a veces tan ambigua y compleja. Ahí está Dios salvando al hombre. En esos comportamientos colectivos de la humanidad animados a veces por grandes ideales y otras por oscuros egoísmos. En esos mil gestos que hacemos los hombres cada día y donde se mezclan la generosidad con las mezquindades más inconfesables.

A quienes esperan el despliegue de algo espectacular y poderoso, Jesús les habla de un reinado de Dios más sencillo y discreto. Algo que no está hecho para desencadenar movimientos grandiosos de masas.

El Reino de Dios está ya actuando pero como un grano de mostaza minúsculo y casi irrisorio que empuja hacia la vida, como un trozo imperceptible de levadura que se pierde en la masa fermentándola desde dentro.

Jesús no ha encontrado imágenes más apropiadas para evocar y explicar lo que él quiere poner en marcha en el mundo. Pero los cristianos seguimos sin querer entenderle.

La salvación no vendrá de tal institución, de tal movimiento, de tal nación, de tal teología ni de tal iglesia, sólo porque nosotros pretendamos ver ahí el Reino de Dios.

Al Reino de Dios no le abriremos camino lanzando excomuniones sobre otros grupos, partidos o ideologías ni condenando todo lo que no coincide con nuestro «dogma particular».

El Reino de Dios no lo implantaremos en la sociedad concentrando grandes masas en los estadios o logrando el aplauso pasajero de las muchedumbres.

El Reino de Dios es un «fermento de humanidad» y crece en cualquier rincón oscuro del mundo donde se ama al hombre y donde se lucha por una humanidad más digna.

Al Reino de Dios le abriremos camino dejando que la fuerza del evangelio «fermente» nuestro estilo de vivir, de amar, trabajar, disfrutar, luchar y ser.

PROPIETARIOS DE LA FE

Sembró buena semilla

Mt 13,24-43

Por lo general, no somos conscientes de la influencia que ejerce en nosotros "la sociedad adquisitiva" en la que vivimos.

No nos damos cuenta hasta qué punto el tener, el adquirir, el poseer van configurando toda nuestra persona, empobreciendo nuestro ser más rico y profundo.

En su penetrante análisis "¿Tener o Ser?", E. Fromm ha descrito con lucidez cómo el "tener" va sustituyendo al "ser" en la experiencia cotidiana del hombre contemporáneo.

Para muchos niños, aprender no es abrirse a la vida e interesarse por un mundo siempre nuevo, sino almacenar datos para guardarlos cuidadosamente en sus notas o retenerlos en su memoria.

Para muchas personas, el saber se limita a "tener conocimientos". No viven creciendo en sabiduría y experiencia humana. Simplemente "poseen" una cultura.

Son muchos también los que no saben ser amigos y acercarse amistosamente a los demás. Lo único que les preocupa es "tener amigos", "adquirir" nuevos contactos, "poseer" un círculo amplio de relaciones.

Otros muchos para crecer necesitan "poseer" un nivel económico más elevado, hacerse con una posición social, tener algún puesto de relevancia.

Este modo de entender y vivir las cosas ha penetrado tan profundamente en nosotros que está incluso deformando sustancialmente la vida de fe de muchos hombres y mujeres de hoy.

Hay cristianos que entienden la fe como algo que se tiene. Unos la poseen y otros no. Felizmente ellos están en posesión de la verdad.

Se someten a unas fórmulas creadas en su tiempo por otros creyentes, se hacen su propia síntesis del cristianismo y ya no se dejan transformar. Se han instalado interiormente. Ya no crecen. No se aventuran a dar pasos en seguimiento de Jesucristo.

Precisamente el sentirse "felices propietarios de la fe verdadera" les dispensa de buscar por sí mismos y de abrirse día a día al misterio de Dios.

Sin embargo, la fe no es algo que se posee, sino una vida que crece en nosotros. Jesús nos habla en sus parábolas de "la semilla que crece" y de "la levadura que fermenta la masa".

La fe es orientación de toda nuestra persona hacia Dios. Es búsqueda, renacimiento constante, crecimiento interior, expansión en toda nuestra vida.

Quien ha entendido a Jesús sabe que no es lo mismo "poseer fe" que creer en El y caminar tras sus pasos.

MÁS QUE LO QUE SE VE

Por lo general, tendemos a buscar a Dios en lo espectacular y prodigioso, no en lo pequeño e insignificante. Por eso, les resultaba difícil a los galileos creerle a Jesús cuando decía que Dios estaba ya actuando en el mundo. ¿Dónde se podía sentir su poder? ¿Dónde estaban las "señales extraordinarias" de las que hablaban los escritores apocalípticos?

Jesús tuvo que enseñarles a captar la presencia salvadora de Dios de otra manera. Les descubrió su gran convicción: la vida es más que lo que se ve. Mientras vamos viviendo de manera distraída sin captar nada especial, algo misterioso está sucediendo en el interior de la vida.

Con esa fe vivía Jesús: no podemos experimentar nada extraordinario, pero Dios está trabajando el mundo. Su fuerza es irresistible. Se necesita tiempo para ver el resultado final. Se necesita, sobre todo, fe y paciencia para mirar la vida hasta el fondo e intuir la acción secreta de Dios.

Tal vez, la parábola que más los sorprendió fue la de la semilla de mostaza. Es la más pequeña de todas, como la cabeza de un alfiler, pero con el tiempo se convierte en un hermoso arbusto. Por abril, todos pueden ver bandadas de jilgueros cobijándose en sus ramas. Así es el "reino de Dios".

El desconcierto tuvo que ser general. No hablaban así los profetas. Ezequiel lo comparaba con un "cedro magnífico", plantado en una "montaña elevada y excelsa" que echaría un ramaje frondoso y serviría de cobijo a todos los pájaros y aves del cielo. Para Jesús, la verdadera metáfora de Dios no es el "cedro" que hace pensar en algo grandioso y poderoso, sino la "mostaza" que sugiere lo pequeño e insignificante.

Para seguir a Jesús no hay que soñar en cosas grandes. Es un error que sus seguidores busquen una Iglesia poderosa y fuerte, que se imponga sobre los demás. El ideal no es el cedro encumbrado sobre una montaña alta, sino el arbusto de mostaza que crece junto a los caminos y acoge por abril a los jilgueros.

Dios no está en el éxito, el poder o la superioridad. Para descubrir su presencia salvadora, hemos de estar atentos a lo pequeño, lo ordinario y coti-

diano. La vida no es sólo lo que se ve. Es mucho más. Así pensaba Jesús.

Dios conoce a los suyos

Vivimos en una sociedad caracterizada por lo que algunos autores llaman «la diseminación religiosa». Podemos encontrarnos con creyentes piadosos y con ateos convencidos, con personas indiferentes a lo religioso y con adeptos a nuevas religiones y movimientos, con gente que cree vagamente en «algo» y con individuos que se han hecho una «religión a la carta» para su uso particular, con personas que no saben si creen o no creen y con personas que desean creer y no saben cómo hacerlo.

Sin embargo, aunque vivimos juntos y mezclados, y nos encontramos diariamente en el trabajo, el descanso y la convivencia, lo cierto es que sabemos muy poco de lo que realmente piensa el otro acerca de Dios, de la fe o del sentido último de la vida. A veces ni las parejas conocen el mundo interior del otro. Cada uno lleva en su corazón cuestiones, dudas, incertidumbres y búsquedas que no conocemos.

Entre nosotros se llama «increyentes» a los que han abandonado la fe religiosa. No parece un término muy adecuado. Es cierto que estas personas han abandonado «algo» que un día vivieron, pero su vida no se asienta en ese rechazo o abandono. Son personas que viven de otras convicciones, difíciles a veces de formular, pero que a ellas les ayudan a vivir, luchar, sufrir y hasta morir con un determinado sentido. En el fondo de cada vida hay unas convicciones, compromisos y fidelidades: la decisión de vivir de una determinada manera.

No es fácil saber cómo Dios se abre hoy camino en la conciencia de cada persona. La «parábola del trigo y la cizaña» nos invita a no precipitarnos. No nos toca a nosotros identificar a cada uno. Menos aún excluir y excomulgar a quienes no se identifican en el «ideal de cristiano» que nosotros nos fabricamos desde nuestra manera de entender el cristianismo y que, probablemente, no es tan perfecta como nosotros pensamos.

«Sólo Dios conoce a los suyos» decía san Agustín. Sólo él sabe quién vive con el corazón abierto a su Misterio, quién responde a su deseo profundo de paz, amor y solidaridad entre los hombres. Quienes nos llamamos «cristianos» hemos de estar atentos a los que se sitúan fuera de la fe religiosa pues Dios está vivo y operante en sus corazones. Descubriremos que hay en ellos mucho de bueno, noble y sincero. Descubriremos, sobre todo, que Dios puede ser buscado siempre por todos.